

SÁNCHEZ SUSARREY

Los efectos de la caída del Muro de Berlín en las izquierdas de todo el mundo fueron dramáticos; en México esa corriente no es alternativa de gobierno.

Veinte años

JAIME SÁNCHEZ SUSARREY

El 9 de noviembre no se olvida. Hace 20 años cayó el Muro de Berlín. Fue el prelude del colapso y la desaparición de la Unión Soviética. El impacto sobre las izquierdas radicales en el mundo occidental fue dramático. Los principales partidos comunistas se colapsaron, como en Italia, o convirtieron en movimientos minoritarios, como en Francia.

La renovación de las izquierdas no se inicia en 1989. Los partidos socialdemócratas se habían deslindado con anterioridad de los regímenes totalitarios. Su adhesión a los principios de la economía de mercado y la democracia formal data de la primera mitad del siglo XX.

Pero más allá de este desarrollo desigual y combinado, para utilizar una expresión de León Trotsky, es un hecho que la caída del Muro y la desaparición del socialismo real marcó un giro en la historia de la humanidad. El siglo XX, como espacio de confrontación entre el socialismo y el liberalismo, terminó el 9 de noviembre de 1989.

En México se registraron otros cambios y movimientos. La caída del sistema electoral el 6 de julio de 1988 generó una crisis de legitimidad sin precedente. La alianza de los priistas disidentes con la izquierda socialista (marxista, en todas sus variantes) obtuvo un éxito inesperado.

Las cifras oficiales le reconocieron al Frente Democrático Nacional el 30 por ciento de la votación. Pero además, amplios sectores de

la población quedaron convencidos de que Cuauhtémoc Cárdenas había obtenido la victoria. El 5 de mayo de 1989 se selló la alianza entre la corriente nacionalista-revolucionaria y los marxistas con la fundación del Partido de la Revolución Democrática.

Los resultados del 6 de julio de 1988 fueron el cemento de esa cohesión. Por primera vez en la historia de México un movimiento de izquierda, al margen del Estado, había logrado movilizar a la población. La victoria y el poder estaban al alcance de la mano.

Las diferencias entre los nacionalistas-revolucionarios y los socialistas no eran menores. Pero en temas torales compartían una misma matriz ideológica.

Ambos creían que la lucha de clases era el motor de la historia —como había

sentenciado Marx— y estaban convencidos de que la alianza de los obreros, los campesinos y las clases medias debería ser el soporte del Estado revolucionario.

Por origen y por doctrina creían —como había dictaminado Marx— que la violencia era la partera de la historia. Los socialistas asumían esa tesis como un proyecto. Los ex priistas como una realidad y un mandato. Las masas obrero-campesinas habían derrocado a Porfirio Díaz y sobre sus restos se había edificado el nuevo Estado de la Revolución Mexicana.

Compartían, igualmente, el postulado leninista: la lucha revolucionaria exige un partido de vanguardia que conduzca al pueblo (obreros y campesinos) en la lucha por el poder y luego en la edificación del nuevo orden. La diferencia sobre si el PRI encarnaba o no ese mandato desapareció en el momento que los ex priistas denunciaron la traición a los principios revolucionarios y la confiscación del partido por una mafia neoliberal.

La condenación de la economía de mercado fue otra dimensión de la convergencia. Los socialistas soñaban en la planificación total. Los nacionalistas-revolucionarios defendían un Estado interventor y rector de la economía. Ambos denunciaban la liquidación de las empresas estatales por Miguel de la Madrid y se oponían a la apertura comercial. El enemigo común era el neoliberalismo.



Fecha 14.11.2009	Sección Primera - Opinión	Página 15
---------------------	------------------------------	--------------

ralismo aliado al capital internacional.

La veneración y santificación del Estado era y es otro rasgo común. El Estado representa al pueblo, el individuo aislado y mezquino debe supeditarse en todo tiempo y lugar. La historia la hacen las masas, no las personas. Para no hablar de la lógica egoísta y crematística del mercado y los empresarios.

En su escala de valores, la democracia formal (un individuo igual a un voto) era un engaño de la clase dominante -Marx dixit, de nuevo. Los adjetivos eran indispensables. La democracia popular o revolucionaria derivaba su legitimidad no de las elecciones, sino del pueblo organizado y movilizado que la respaldaba.

Por último, el alineamiento con las causas progresistas no se discutía. El mundo socialista era superior al capitalista. La Revolución Cubana merecía toda la solidaridad. Amén de que los movimientos de liberación nacional en el tercer mundo se levantaban contra el imperialismo y el capitalismo.

La caída del Muro de Berlín tuvo un efecto paradójico sobre este maridaje. Los ex priistas no creyeron tener velo en el entierro. La Revolución Mexicana era única en la historia -se dijeron. Los marxista-leninistas se entregaron en cuerpo y alma a la tarea de crear el nuevo partido y le dieron vuelta a la página. Jamás hicieron un examen del pasado ni una auto-

crítica. Para qué.

La victoria de Cárdenas y del PRD en 1997 acabó de enturbiar las cosas. El dinero y los cargos públicos se volvieron realidad. Ése es el nuevo pegamento de un partido dividido y enfrentado. Nadie quiere perder las canonjías de la marca registrada. Las diferencias ideológicas son fantasmagóricas frente a los liderazgos y grupos organizados que se reparten el botín.

Y todo ello aderezado con principios y dogmas que las izquierdas modernas lanzaron por la borda hace decenios. A 20 años de distancia la izquierda mexicana no es ni tiene visos de ser una alternativa de gobierno para este país. Cómo sorprenderse entonces de que el PRD haya cerrado filas en torno de un líder charro, Martín Esparza, célebre por su corrupción y autoritarismo en el SME. La descomposición es total.

Las canonjías y los recursos económicos

son el pegamento de un PRD dividido por ideologías y liderazgos que se reparten un botín.